

R. P. Luis Marchiori S.D.B.

De Italia vino al Uruguay. En ese país los salesianos aprendían mejor el castellano que en el nuestro. Los obligaban a hablar en español siempre y cuando a alguno lo sorprendían hablando en su lengua, lo sometían a una ligera penitencia. Así aprendió bien el idioma el padre Luis.

Después vino a la Patagonia, el sueño dorado de todo salesiano que se preciaba de tal, porque Don Bosco les hablaba de esa tierra a toda hora.

Acá comenzó su vida de misionero trashumante. En un sulki destartado, con don José Garante, como ayudante, se echaba al desierto con una valentía que asombraba.

A veces ancló su vida en algún colegio. Fue director del de Carmen de Patagones. Ahí formó un batallón de "scouts navales" diríamos ahora, ayudado por el oficial de marina Fischer.

Años más tarde fue director de Bahía Blanca. Pero no era esa su vocación. El había nacido para andar por los campos, en busca de almas.

En las largas noches de invierno, cuando se hospedaba en una casa de familia, luego de haber dado las oportunas lecciones de religión, se dedicaba a enseñar coplas sacras y profanas. Y los paisanos de la campaña, poco a poco, comenzaron a tomarle gusto a la música.

Su obra maestra la realizó en San Carlos de Bariloche. Allá estaba un buen italiano. Primo Caparro, que acarreada turistas como otros bolsas de galleta. ¿Quién iba a ir a aquellos lugares, por lindos que fueran cuando no había medios de transporte ni hoteles ni comodidades de ninguna especie?

El padre Genghini había hecho construir por Caparro una capillita (que aun presta servicios) y ahí llegó el padre Luis, siempre acompañado de su fiel Garante.

Imposible vivir del altar. No había misas, no había funerales, ni casamientos ni nada.

Pero Garante era zapatero. Puso un tallercito y remendando suelas no sólo pararon la olla sino que les sobraba dinero...

Entre tanto el padre Luis se dedicaba a formar la "ecclesia" moral, la población cristiana, la familia de Dios.

El padre Marchiori hizo prodigios allá. Un poco con la música, otro poco con la predicación, otro poco con el buen ejemplo, el hecho es que el buen salesiano logró tener una feligresía que todos admiraban.

Luego se echó nuevamente al desierto. Ahora ya no iba más en sulki sino en un auto "doble faeton", sin capota, que para aquellas comarcas chubutenses y rionegrinas era lo menos indicado. El auto sirvió solo para ejercitar la paciencia del misionero.

Y como los años pasaban y el padre Luis ya no estaba para muchos trotes, los superiores lo pusieron de confesor en el Colegio Drán Funes.

Y ahí, con esa bondad que fue su característica, con esa bonhomía toda suya, con ese criterio de hombre de Dios, iluminaba las conciencias de todos.

Hasta que llegó la penumbra. La ancianidad lo obnubilaba. Creía estar en su pueblo natal. Se imaginaba que tal o cual persona era "sua sorella". Los que lo habían conocido como aguerrido misionero andante y luego lo veíamos en ese cono de sombra, nos daban ganas de llorar...

Se lo llevó el otoño del 1950. El 2 de abril dejó la penumbra de su vida cansina y su alma entró de lleno en la luz eterna...

